



** ————— *Helada, Thomas Bernhard* ————— **

«Todo es aire helado. Nada más que aire helado». Un médico lúcido y un pintor desquiciado comprenden en plena ventisca alpina que es necesario comprometerse más allá del adulterio de la razón.

Historias para el invierno

Thomas Bernhard pasea insomne por el centro de Viena con las manos metidas en los bolsillos. Son los últimos días de enero y el frío, como diría Fogwill, cala hasta los huesos. «Mi obra no habla de otra cosa que de huesos», piensa, «de huesos y de música. Partituras óseas que enferman lentamente para aniquilar cualquier posibilidad de historia». Gira a la derecha por la Kundmannsgasse y alza levemente la mirada. Con el gesto ritual de los últimos veinte años, Bernhard se detiene ante la puerta principal de la casa Wittgenstein y enciende un cigarrillo. Ha estado acechando esa construcción durante décadas y ahora, en esta madrugada gélida como un cadáver, se dispone a perpetrar su plan: escribir sobre los muros de ese exceso racional una sola frase devastadora. Una frase invernal sobre las pretensiones primaverales del entendimiento humano. Una sentencia iracunda contra la ciencia y el racionalismo ilustrado. Apaga el cigarro con el pie derecho y se aproxima lentamente a la pared lateral mientras agita un bote de espray rojo y piensa en la metáfora de la luz y en la muerte de toda esperanza: «Estamos aterrados por la claridad que constituye de pronto nuestro propio mundo científico. Nos helamos en esta claridad. Pero hemos querido este frío. Lo hemos suscitado. No debemos, pues, quejarnos del frío que reina ahora». En el silencio negro de la noche invernal, el sonido del espray se extiende como un chorro de historia: «El frío aumenta con la claridad».

